

Diocleciano, el predominio del genio del Oriente sobre el genio del Occidente en el Imperio; Constantino, la nueva idea religiosa; Constancio, la heregía nacida de la incertidumbre del espíritu; Juliano, el neo-platonismo, postrer holocausto presentado á los muertos dioses; Teodosio, la imagen del último romano: todos diversos en caracteres, en ideas, en tendencias; pero unidos todos en el pensamiento altísimo de evitar la caída del mundo que iba á ser aplastado por aquel inmenso témpano de hielo, cuyos fragmentos rodaban á una con horroroso estrépito desde el Polo sobre la llama del fuego sacro de la vida romana que ardía en el Capitolio.

Pero era imposible. La ley de la Providencia debía cumplirse. El terror fué tal y tanto que muchos de los últimos emperadores pronunciaban desde el trono la palabra libertad. Era tarde. Los poderes moribundos suelen pronunciar la palabra libertad cuando el agua del diluvio les llega á los labios. Si una vez se salvan y vuelven á forjar cadenas, tenedlo entendido, á la segunda vez, cuando quieren pronunciar la palabra libertad, el agua del diluvio les cubre la cabeza. Mirad esas dinastías desterradas, espectros que vestidos de púrpura representan las sombras últimas de la antigua sociedad, miradas, todas han ejercido el despotismo en el trono, y todas han invocado la libertad en el destierro; pero como Dios castiga duramente las grandes mentiras sociales, á todas las ha marcado con el sello de la reprobación en su frente. Pues lo mismo, lo mismo sucedía á los últimos emperadores romanos. Graciano exhortaba las provincias á ejercer la libertad, á formar asambleas; Honorio restauraba la tribuna, gritaba á los pueblos esclavos para que se irguiesen, para que se pusieran de pie, porque él estaba pronto á cambiar el castigo de la dictadura por la espada de la ley. Era imposible. Los pueblos se habían embrutecido tanto en la servidumbre que ni fuerza tenían para incorporarse. Los últimos romanos invocaban algo más terrible que la muerte, invocaban ellos mismos en su dolor y en su esclavitud la irrupción de los bárbaros. Leed los autores del tiempo. Pasaban por una de esas épocas en que no se ve desgraciadamente más remedio que el remedio heroico de una revolución. Mamertino dice en su panegírico de Juliano, que los bárbaros eran deseados porque no podían traer desgracia mayor que la esclavitud universal sufrida bajo el imperio. Paulo Orosio en su historia, exclama: «Se encuentran romanos que prefieren entre bárbaros pobre libertad, á dorada servidumbre bajo los césares». Salvino en su libro de *Providencia*, capítulo V, añade: «Prefieren bajo apariencias de servidumbre vivir libres que bajo apariencias de libertad vivir siervos». Amiano Marcelino se conduce de aquella deserción universal, y escribe: «Llaman á los enemigos, ambicionan ¡oh horror! la esclavitud. Nuestros hermanos se van entre los bárbaros, y cuando los llamamos se burlan de nosotros y nos dicen corrompidos esclavos; sólo quedan en el Imperio los pobres, porque no se pueden llevar consigo sus familias ni sus habitaciones». He ahí expuestas sin retórica, expuestas sin declamaciones, las horribles consecuencias que trae la falta de libertad para los pue-

blos. La idea de libertad en los bosques de Germania hervía, en aquellos bosques pintados por Tácito, quien primero trazó la inscripción para el sepulcro de la sociedad que se perdía en la noche y después el bosquejo de la sociedad que brillaba en el crepúsculo de lo porvenir. Tierras indecisas, lagunas movibles, bosques, plagas azotadas por tempestades eternas, montañas ceñidas de nieblas, ríos de vano y caprichoso curso formaban el país de aquellos germanos; en su carácter, en sus costumbres, en su vida, contradicción viva del pueblo rey decrepito; aquellos germanos, impulsados á pasar el Rhin por la irrupción de otros pueblos más bárbaros, dispuestos á hartar su hambre en la guerra, cantando siempre, ora cantares melancólicos ante sus dioses, ora cantares terribles como ahullidos de fieras acompañados del rumor de sus escudos, del choque de sus lanzas; raza sólo á sí misma semejante, de alta estatura, de nervudos miembros, de ojos azules como sus mares, de cabellos rojos como el fuego de la tea que llevaban en las manos; menospreciadores del oro, porque no conocían las necesidades que el oro satisface; amantes sólo del hierro, porque creían indigno ganar por el trabajo lo que podían ganar por los combates, deber á su sudor lo que podían deber á su sangre; reunidos en asambleas donde los principes trataban de las cosas menores y el pueblo entero de todas; gobernados más por el ejemplo que por la autoridad, más por la persuasión que por la guerra; en derecho penal no conociendo otro castigo que la multa, ni otra justicia que la venganza particular; todos con facultad de elegir á sus jefes y con el deber de seguirlos y de imitarlos, porque los jefes pelean por la victoria y los compañeros por el jefe; ninguno capaz de indolencia; abrazados á su escudo, sobre el cual mueren, pues si lo pierden se ahorcan, y mientras combaten al lado de sus parientes, oyen sonar en el cercano carro de guerra los gritos de sus hijos, y cuando han concluido las batallas, se dejan caer en brazos de sus esposas para que les cuenten las heridas y las cicatricen con sus labios; algo de santo ven brillar en la frente de la mujer, que bajo las encinas, mirando las aves y las nubes, predicen lo porvenir; algo de espiritual en sus dioses, que no tienen forma humana; algo de divino en sus niños, porque la cuna es para ellos un altar immaculado; algo sagrado en sus caballos salvajes, que los conducen á las batallas, porque retroceden ó avanzan por el aviso de sus relinchos; algo de religioso en la familia recluida dentro de casas solitarias y aisladas, donde la mujer no ve esos espectáculos que la seducen, esos festines que la embriagan; donde el niño corre desnudo sin que acertara á tomar otro pecho para alimentarse que el pecho de su madre; donde los jóvenes no aman sino tarde, y por eso tienen larga y robusta juventud; donde comen poco aunque en el beber se excedan; y son hospitalarios con el extranjero, humildes con el siervo, y juegan á pequeñas batallas, y desconocen la usura, y deliberan en los festines donde son más francos, y toman sus resoluciones en su hogar donde son más dueños de sí mismos, y cambian de propiedades para no aficionarse como si fueran árboles al suelo, y son castos, y el hombre guarda fidelidad

á una sola mujer toda la vida, y la mujer á su marido hasta más allá de la muerte; pueblo que con estas virtudes venía á traer sangre pura, y con estas fuerzas, con estas espadas á abrir las venas del canceroso Imperio para infundirle su sangre.

Estos pueblos avanzaban sobre Roma. La invasión tuvo dos caracteres: fué pacífica primero, fué guerrera más tarde. La invasión pacífica comenzó en tiempos de Mario y duró hasta principios del siglo V. Tuvo, pues, de duración setecientos años. Los germanos entraban por dos puertas; por la servidumbre, por la milicia. Eran, pues, soldados y esclavos. Como soldados ocupaban la cima de aquella sociedad militar; como esclavos, la base. Algunos de ellos subieron al Imperio. Pero la civilización romana de ninguna suerte convenía á pueblos primitivos. Estaba corrompida y los hubiera viciado; estaba gangrenada y los hubiera disuelto. La ancianidad es respetable, porque lleva sobre su frente los respaldos de la vida y de los misterios eternos. Un anciano que ha pasado sin caer por las grandes desgracias de este mundo, por sus desengaños de todos los días, por sus desencantos, es tan respetable como un veterano que ha cruzado entre muchas y pavorosas batallas. Pero un joven, á quien el vicio convierte prematuramente en decrepito anciano, es repugnante. Y los vicios de Roma hubieran hecho esto con los bárbaros. Jornández nos refiere en el capítulo veintiocho de su *Historia de los Godos*, un caso que merece ser conocido, porque es la enseñanza viva de lo que hubiera pasado á los bárbaros á haber absorbido en sus venas la vida romana. Un día Alhanarico, rey de los godos, fué á Constantinopla. Imagináos, qué efecto harían en aquel bárbaro, quien sólo había visto sus desiertos, sus cabañas, sus carros de guerra, sus estepas solitarias y heladas, los templos y palacios inmensos, las estatuas colosales, los monólitos de pórfido, los chapiteles dorados, las esferas azules sembradas de estrellas de plata, las naves del puerto, los jardines que coronaban las casas; imagináos lo que le parecerían á él medio desnudo, mal envuelto en su manto de pieles de rata, mal cubierto con su saco de cuero, aquellos sátrapas orientales, vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras en que resplandecían topacios y esmeraldas; imagináos qué impresión haría en su paladar acostumbrado á carne cruda y á orines de caballo, ó á cerveza, que es lo mismo, cebada fermentada, bebida bárbara, indigna del paladar de griegos y romanos; imagináos qué impresión le harían el oloroso vino, las sabrosas frutas, los sesos de faisán, las ricas viandas con que se regalaban los romanos; fué tanta, tan grande la impresión, comió tanto, bebió tanto, se divirtió tanto, gozó tanto, que se murió; reventó en los festines de un hartazgo de ánades, complicado con una borrachera de vino Falerno. Pues lo mismo, estrictamente lo mismo hubiera pasado á su pueblo. No estaba, no, ni el estómago de los bárbaros dispuesto á digerir la comida romana, ni su espíritu dispuesto á digerir las ideas romanas. Dios, pues, les mandaba, que invadieran el viejo mundo romano, y debían invadirlo. Eran los mensajeros de las venganzas celestes. No podían venir en paz para asfixiarse en aque-

lla atmósfera cargada de perfumes, sino en guerra, y en guerra cruenta. Todo, todo estaba preparado para esto. El mundo callaba como calla el mar antes de una tempestad, cual si recogiera sus fuerzas y reposara un instante para luchar más fuertemente con los vientos. Sonaba la hora, sí, la hora tremenda. ¿Qué resistencia podía ofrecer el Imperio? Roma era demasiado grande para los últimos Césares, Ravenna con sus canales emponzoñados, su quebrado territorio, su aire malsano, donde las moscas no dejan vivir de día ni las ranas dormir de noche; y las cenagosas aguas están inmóviles mientras se mueven las casas; y duermen los magistrados y velan los ladrones; y los soldados están tendidos lecho de púrpura mientras hacen guardia las mujeres; y los clérigos prestan á usura, como los sirios mientras los sirios salmodian en las iglesias; y los eunucos siguen la carrera de las armas y los bárbaros la carrera de las letras; Ravenna es la corte de Honorio, corte escandalosa en que dominan los patricios germanos; y Aezio, el último romano, cede la mitad de su lecho á una mujer bárbara, hechicera, envenenadora, fuerte como Agripina, y cuyo alto cuerpo humilla á las matronas de Roma; y los patricios rasgan su túnica, dejan su manto, se descalzan de sus sandalias para vestir las pieles de fieras de los bárbaros y calzan sus abarcas que los hacen vacilar y cogear; y los esclavos orientales mandan más que los señores; y Estelicon, un godo, un hombre nacido allende el Danubio, es el único que tiene fuerza para combatir y ánimos para triunfar; y un moro venido de los arenales de África se pone al frente del ejército romano, y los últimos poetas, sin acertar á coger la lira que en otro tiempo incitara á los señores del mundo á la pelea y á la libertad, deshojan flores sobre el lecho nupcial del César, rogando á la aurora que lo envuelva en sus sonrosadas gasas, y al amor que lo rodee de ilusiones, y á Terpsicore que dance á su alrededor con sus locas diosas, y á Venus que abandone Pafos y Chipre para derramar en él todas sus delicias; ruego vano, porque el dueño del mundo, cuando su esposa se descifre el velo de azafrán de las vírgenes y la corona de verbena, y se dirige á su lecho para recibir el primer beso de amor, ni siquiera fuerza tiene para levantar sus párpados á mirarla: que los desenfrenos de la tiranía en su voluptuosa corte lo han condenado á eterna y oprobiosa impotencia.

Entréguese el imperio á sus desórdenes; suenen las liras y los tambores y las voces lascivas de las mujeres mezcladas con las de aquellos desgraciados que son menos que mujeres; llenen las nubes de perfumes exhalados de pebeteros de ambar, el ambiente cargado de sonidos y de suspiros; envuélvanse en telas de púrpura los señores del mundo y corónense de hores; no tengan labios sino para cantares voluptuosos, ni manos sino para agitar las copas de oro que rebosan espumoso vino; ríanse en buen hora entre la embriaguez de las gracias de sus bufones, mientras por las laderas de los Alpes baja Alarico, después de haber saqueado á Grecia, llevando tras de sí aquellos bárbaros que incendiando, talando, sin perdonar ni sexo ni edad, arrancan los niños del pecho de su madre

para ahogarles; violan á las mismas mujeres que acaban de herir en la agonía; unen al hijo con su padre, y los arrastran atándolos á las colas de sus caballos; reciben desde los altos palacios, como una limosna, provincias enteras; y castigan de este modo terrible en aquel infierno de la invasión á los tiranos que ni siquiera encuentran al caer del trono un sepulcro en la tierra. Ya desde este momento no hay fuerza humana que pueda evitar la catástrofe. El cielo se oscurece, el mundo tiembla, los lamentos son universales, el ángel de la muerte extiende sus alas sobre la tierra como un águila sobre su nido; los godos destrozan á Italia; los francos, los más ágiles y más blandos de los bárbaros. esclavizan á los galos; los vándalos en las aguas del Mediterráneo, sumergen los barcos que habían llevado en sus vientres los productos de la civilización por toda la tierra; los sármatas, guerrilleros que suben por las montañas en sus cabalgaduras húngaras, ligeras como águilas, armados de largas lanzas y guarecidos tras sus escudos de lino lleno de aceradas puas, incendian las montañas de la Pannonia y de la Mesia, que parecen piras funerarias; los alanos, de rostro marcial, de larga cabellera, héroes hasta el punto de tener por un heroísmo el asesinato y por una desgracia la muerte natural, adoradores de una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzan como energúmenos, devoran á España, cayendo como un torrente desde las crestas de Pirineo; los sajones, que creen tener el mundo como una presa entre sus garras, que gustan del ruido de la tempestad y de los combates con las olas y los huracanes, no tan impetuosos como sus bárbaras almas, aquellos abortos del Océano, que cuando se les aguarda huyen y cuando se les evita vienen, extienden por la Gran Bretaña, de un mar á otro mar, el voraz incendio, de tal suerte que la isla se parece á una lengua de fuego, y pasan á todos sus habitantes á cuchillo, siendo tan grande, tan terrible la catástrofe, que ruinas de templos, restos de incendios, montones de cadáveres aplastados, no bastan á saciar á los bárbaros anhelantes del exterminio universal, y así los infelices britanos se dan al suicidio, ó huyen en barcas entregándose á merced de las olas sin saber dónde van, reconviniendo al cielo que los ha ofrecido á los bárbaros como se ofrecen los corderos á un festín; mientras detrás de todos estos pueblos vienen tribus todavía más feroces que ahuyentan á los mismos bárbaros, como si Dios hubiera estrellado el universo en los espacios y convertido el planeta en un montón de ruinas ó en un inmenso sepulcro; como si la humanidad agonizante cayera para morir en un inmenso cenagoso charco de hiel, de lágrimas y sangre, y aquellas tribus no fueran si no los cuervos venidos al olor de la muerte á devorar el gran cadáver de todo el género humano. Por fin, los bárbaros se acercan á Roma. Alarico oyó mil veces en sus desiertos una voz que le decía: «A Roma». Instintivamente, sin saber el camino de la ciudad que iba á destruir, toma la vía flaminia, el camino de los antiguos vencedores, por donde César volvió de las Galias. Su ejército es como una tromba henchida de sangre. El ruido del trueno le precedía como si fuera la estridente trompeta anunciando

á la Ciudad Eterna que sonaba su última hora en la tierra y comenzaba el juicio de Dios en el cielo.

Solemos ver aislados estos hechos, y viéndolos aislados, también solemos disminuir, así la importancia intrínseca de todos ellos, como la transcendencia natural á todos los tiempos, y la permanencia, inmanente de suyo, en la historia y en la vida nuestra. La venida de los revolucionarios se parece mucho, por las catástrofes que la siguieron y acompañaron, así como por los escombros esparcidos en su marcha y paso á la venida de los germanos. ¿Cuántas veces no creyó el mundo perecer en trance tan amargo? ¿Cuántos pensadores no imaginaron que llegaba la hora suprema del Juicio Final? Necesitábase todo el genio profético de un escritor tan extraordinario como San Agustín para ver, tras las ruinas de la Ciudad del Hombre alzarse á los cielos esplendorosa la Ciudad de Dios. Todos cuantos componen á su arbitrio y guisa la Historia, no viéndola de una manera objetiva, se ponen á calcular lo que fuera Europa y la Cristiandad toda de no haber advenido el mundo germánico y no haberse fundado éste sobre las ruinas del mundo antiguo. En verdad no puede rectificarse así *à posteriori* la Historia. Pero si rectificarse pudiera, quizá enseñáramos en Bizancio lo que Roma pudo ser sin aquella infusión de sangre germánica, llevada por los bárbaros á sus venas. La inmovilidad é inercia de Constantinopla, el predominio de la ciencia teológica sobre todas las ciencias, los certámenes y disputas acerca de nonadas, los circos en permanencia ocupados por disputas sin término y gárrulos disputadores sin descanso, un despotismo por ninguna ley limitado, unos cortesanos viles remedando el mecanismo de China, la consunción en incurable impotencia, la Iglesia sierva, el Concilio por único Parlamento, facciones y no partidos, desprendimientos continuos de regiones destacadas del Imperio, un Emperador, casi hechizados por la teurgia y la magia, un clero más cortesano que los cortesanos mismos, tutelas impuestas por conquistas breves, pero deshonrosas, y por aventureros valerosísimos, pero desalmados y crueles, la teocracia mezclada con horrible autocracia y el patriciado parecido, no á los caballeros feudales de Occidente, pero sí á los sátrapas de Asia; frecuentes avenidas irruptoras de búlgaros y esclavones dicen lo que fuera el mundo europeo del Oriente sin la infusión de sangre germánica, mundo hechizado por la teología con sus disquisiciones y por las quiromancias y las alquimias con sus sortilegios hasta que dieron cuenta de su existencia los turcos y le clavaran en las carnes con encendido hierro la media luna en expiación inevitable de sus errores y de sus crímenes. Pues lo que fuera Constantinopla sin el advenimiento de los germanos, eso mismo son hoy Turquía, China, Rusia, sin el advenimiento de los revolucionarios, imperios despóticos, necesitados de atormentar á sus pobres súbditos, forzadísimos éstos, por el látigo de la servidumbre á remar en la galera donde van, y reducidos á tener por toda ocupación la guerra, y por toda esperanza la conquista que agrande aquellas sus inmensas mazmorras y sume á la esclavitud here-